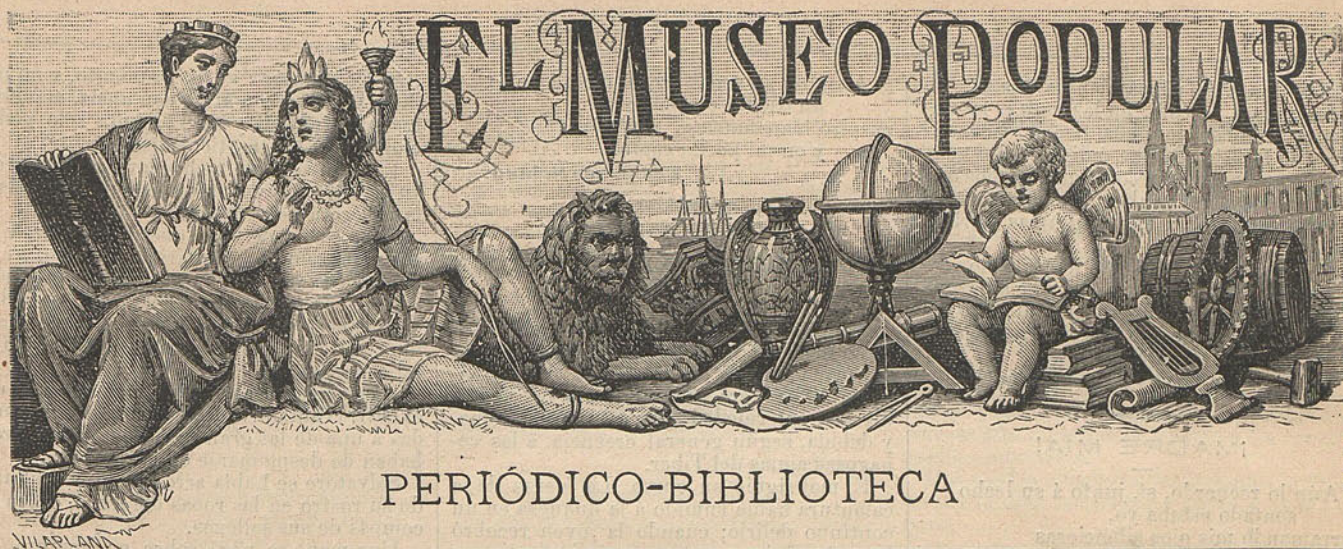




Año I.

SEMANARIO ILUSTRADO
de literatura, ciencias, etc.

PRECIO
25 céntimos cada numero.

BIBLIOTECA ILUSTRADA
Publica tres obras distintas.

Núm. 6.º

EL CARNAVAL

Ya se va acercando el loco Carnaval con sus grotescas figuras y terrible barahunda. Con él se desarrollan los caprichos de los niños, que cifran su alegría en tener un traje de diablillo ó de cocinero con que poder exhibirse ese día; los locos devaneos de la juventud que desea por momentos ver abiertos los bailes de máscaras donde poder divertirse, y el fastidio de los ancianos, que sienten sobre sí el frío de los años.

Ya se acerca el día en que invade todo Madrid ese turbión de caricaturas vivas que

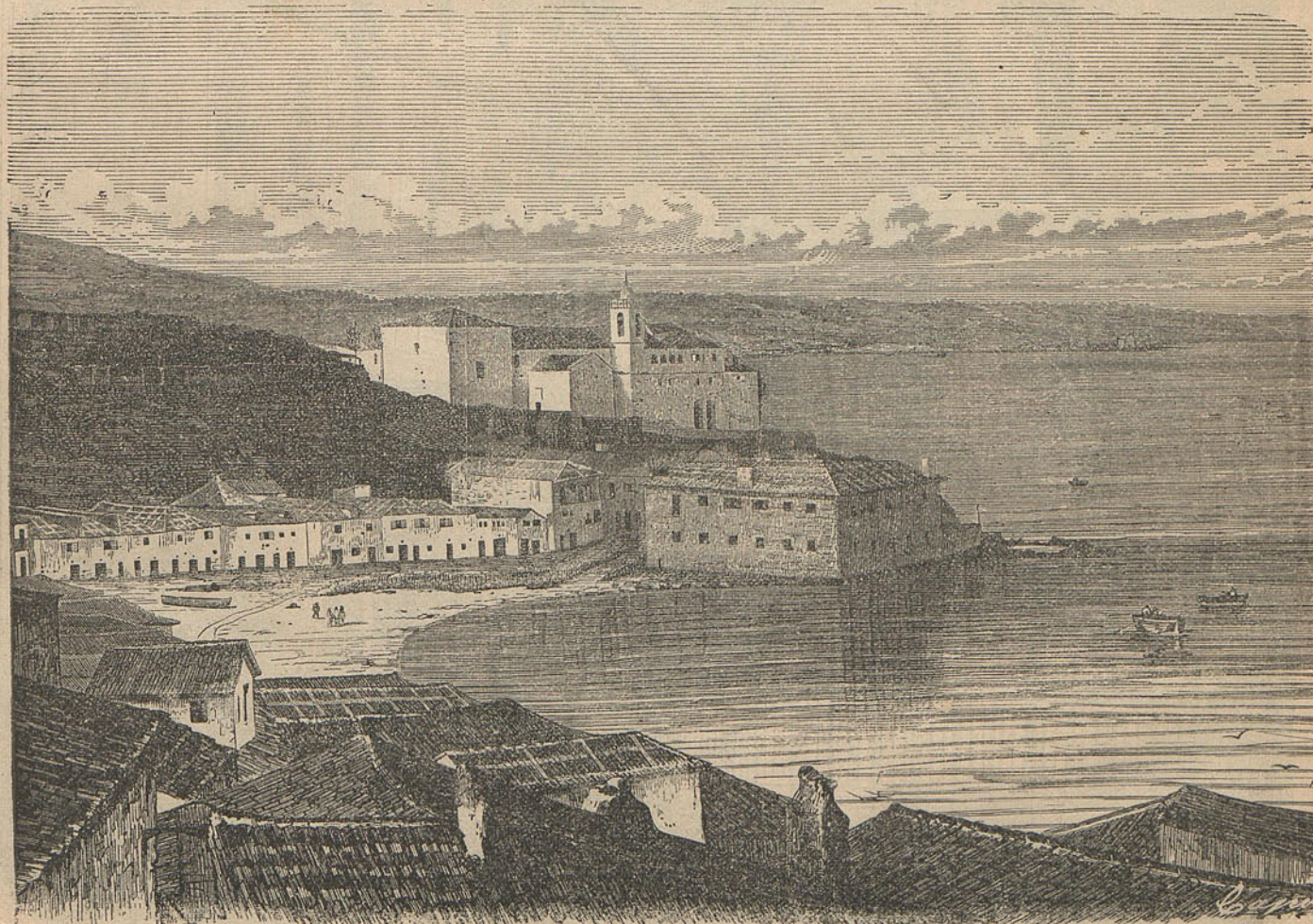
cifran su orgullo en llevar las más horribles caretas y los más extraños vestidos, nada más que con el objeto de hacer reír á los mortales que no han tenido la dicha de disfrazarse.

Madrid en ese día, y con Madrid toda Europa, ve convertidas en realidad la mayor parte de las aleluyas del mundo al revés.

Madrid el día de Carnaval, no es el Madrid ordinario; coches que cruzan en todas direcciones llevando dentro á las máscaras, un gentío inmenso que llena todas las calles, escenas grotescas á donde quiera que se tiende la vista, la alegría en fin, el vértigo, he aquí lo que se nota en la coronada villa.

Nadie diría al ver el contento expresado en todos los semblantes, nadie diría repetimos, que existe la miseria al lado de tanta riqueza, ni el desconsuelo y la tristeza al lado de la alegría que se revela en todas las clases sociales.

Pero desgraciadamente es cierto; mientras que una parte de Madrid se divierte, otra llora; mientras que el dinero corre ese día en raudales para satisfacer el más mínimo capricho del encopetado señorón, se ven bastantes moradas donde la miseria se muestra tan al descubierto, que da horror contemplarla, y donde el dinero brilla por su ausencia.



Vigo, su ribera y San Francisco.

Pero basta de pensamientos tristes. En el teatro, en el café, en las calles, se encuentra uno con dominós, cocineros, caballeros de la Edad Media ó diablos, los cuales se complacen en recordarnos hechos que quisiéramos tener ocultos, y en martirizarnos cruelmente con sus epigramas burlescos.

Mas en ese día todo está dispensado, todo se sufre con paciencia, porque así como el dolor tiene sus límites y sin embargo los rebasa en ocasiones, la alegría también los tiene, y no los respeta.

Jose Cayhuela y Ferrandez.

¡MADRE MIA!

Aún lo recuerdo, sí, junto á su lecho sentado estaba yo, derramando mis ojos silenciosas lágrimas de dolor.

—No llores, hijo mío, me decía, no aumentes mi aflicción, y cuando esté de Dios en la presencia por tí rogaré yo.

Apagóse su acento, y en mi frente un ósculo estampó; suspiró blandamente, reclinóse, y en mi pecho espiró.

Francisco Solano.

LA DUQUESA DE HIELO Y EL CORCOVADO DE ROMA

(Conclusión.)

No hizo caso de su enfermedad, pero ésta tomó incremento en pocos días, y cuando se la quiso combatir era ya tarde. ¡La duquesa de Albano era víctima de una fiebre perniciosa, enfermedad muy común en Roma, y debida, según general creencia, á las cenagosas aguas del Tiber.

El mal siguió su curso. La fuerza de la calentura había sumido á la duquesa en un continuo delirio; cuando la joven recobró la razón, fué en ese supremo instante que se halla próximo á la muerte. Pero si recobró la razón perdió en cambio otra cosa: la facultad de hablar.

¡Sus últimos instantes fueron horribles!

¡Quería expresar su pensamiento, y no podía! ¡Deseaba con afán, con ansia, manifestar su voluntad, y su garganta sólo podía emitir sonidos inarticulados!

¡En tan terrible lucha clavaba los ojos en su esposo, que vertía un mar de lágrimas á la cabecera de su lecho!

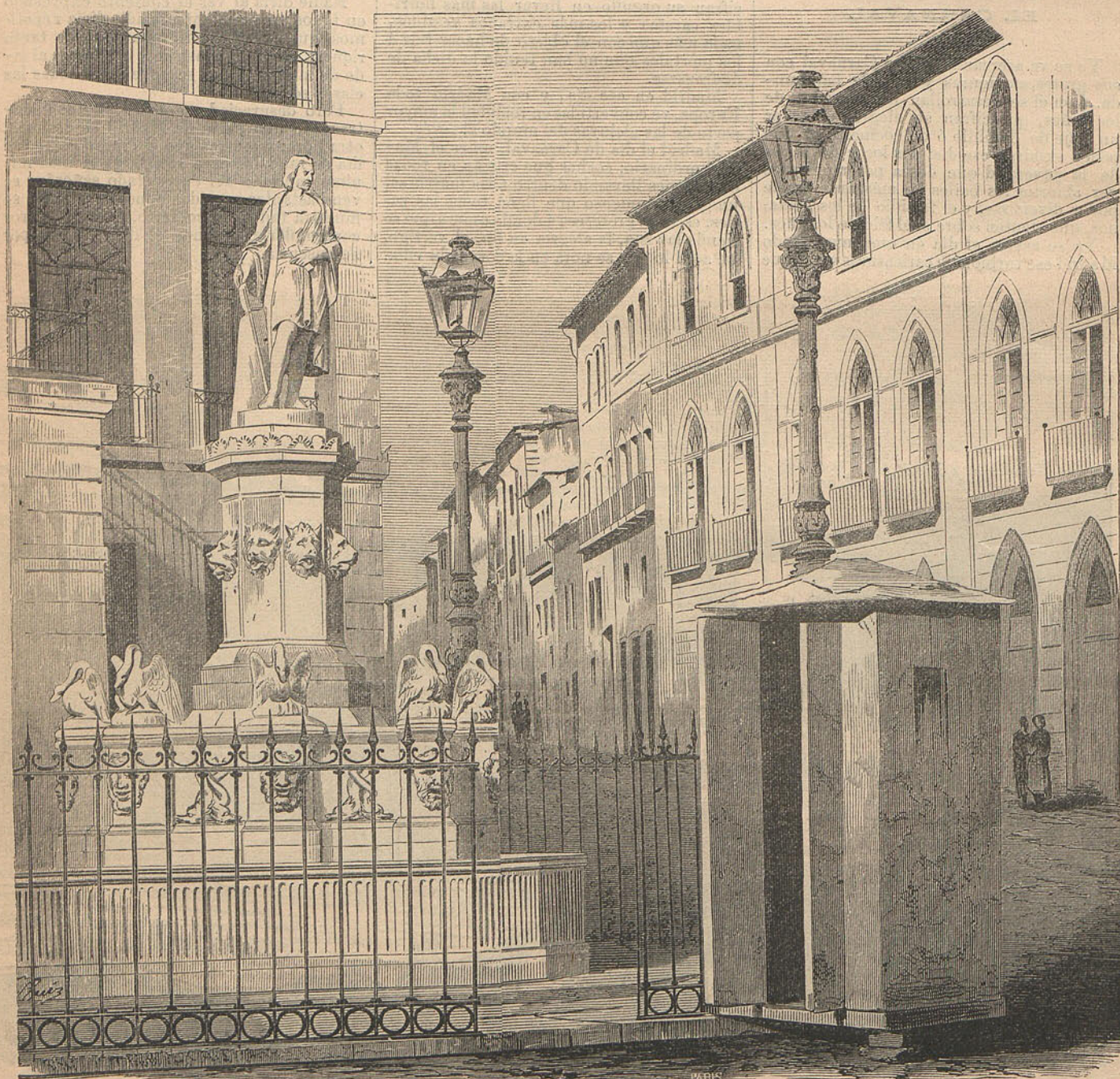
Hizo señas de que quería escribir, y le llevaron todo lo necesario para ello. Pero sus ojos se nublaron, y su mano no pudo sostener la pluma. La habían incorporado, y su cabeza cayó pesadamente sobre la almohada. ¡La moribunda era presa de mortal congoja!

¡Pocos instantes después había dejado de existir! ¡Tanta juventud y tanta belleza unidas á una de las grandezas de la tierra, acababan de desplomarse en la tumba!...

Salvatore se había arrodillado, y ocultando su rostro en las ropas del lecho, oraba al compás de sus sollozos.

Una mano se posó sobre su hombro, al mismo tiempo que una voz varonil y desapacible le decía:

—¡Levantáos! ¡Vuestro puesto no es este ya!



Estátua de Cristóbal Colón en Bahía de todos los Santos.

Volvió el corcovado la cabeza y vió á un caballero de altanero aspecto y soberbia mirada. Aquel caballero era uno de los parientes más cercanos de la difunta, y presunto heredero de toda su fortuna.

—¡Dejadme orar por el alma de mi esposa!—replicó Salvatore con un acento tan desgarrador como los sollozos.

El caballero lo agarró por un brazo, y levantándolo con violencia, lo empujó hasta la puerta de la alcoba.

—¡Arrojad á este hombre á la calle!—ordenó á algunos criados que allí había.

Y aquellos criados, los mismos que hasta entonces habían servido humildemente al ex-tenor de capilla, le pusieron con inhumanidad á la puerta del palacio.

Era de noche; una noche triste y lóbrega. ¡Tan triste, como lo estaba el corazón del pobre jorobado, que acababa de perder para siempre á su dulce compañera, á su único amor!

Salvatore estaba completamente solo y abandonado, pues pocos meses antes también había muerto su bienhechor, el canónigo Montefiorini.

Dió algunas treguas á su dolor para pensar en su aflictiva situación. Entonces recordó los desesperados esfuerzos de Ana para expresar su pensamiento; era indudable que la duquesa había adivinado lo que le iba á suceder, y que había querido evitarlo á todo trance.

El infeliz Salvatore anduvo vagando por las calles de Roma durante toda la noche.

Cuando empezaba á amanecer se sintió enfermo. Entró en una hospedería de peregrinos y se metió en el lecho.

Durante un mes estuvo luchando entre la vida y la muerte: al cabo de este tiempo su enfermedad fué vencida, y algunos días más tarde pudo salir á la calle. Todos sus recursos, consistentes en un anillo que le había regalado su esposa y en el cual se veían dos manos enlazadas, y en una repetición de oro, se habían agotado: había tenido que vender el reloj y la sortija.

—¡Todavía me queda mi voz!—pensó.—¡La voz que había cautivado á aquel angel que ha subido al cielo! ¡Ella volverá á darme la subsistencia!

Y muy alentado encaminó sus pasos á San Juan de Letrán.

Recibióle allí con los brazos abiertos.

En el momento de cantarsu-
bio como de costumbre al coro.

¡Ay! ¡Cuando quiso emitir aquellos maravillosos sonidos que habían enamorado á la duquesa, no le fué posible! ¡Había perdido la voz!...

Pocos días después, triste y abatido, pedía limosna á la puerta de otra iglesia, pues en San Juan se lo habían impedido.

¡El afamado cantor, el opulento duque de Albano se había convertido en un mendigo á quien el pueblo empezó á llamar *El corcovado de Roma*.

A. de San Martín.

FRAGMENTO

Todo en la tierra pasa;
todo muere, se extingue ó se deshace;
el duelo y el placer tienen su tasa
del hombre breve en la existencia escasa,
flor que se agosta con el sol que nace.

Queda el dolor un día
dentro del corazón más amoroso
en lenta y profundísima agonía;
pero calma el dolor más riguroso
y el que más implacable parecía.

Que así va nuestra vida
caminando entre gustos y dolores,
como fuente silvestre que, escondida,
por el sombrío bosque va perdida
zarzas bañando y campesinas flores.

José Zorrilla

Un amigo íntimo del inolvidable Arde-



Vendedora de pescado en Portugal.

rius nos ha facilitado el siguiente artículo de un libro inédito, titulado *Hacer tiempo*, que dejó escrito tan distinguido actor y empresario:

LOS SOMBREROS DE SEÑORA

I

Antes de dar principio á mi tarea y como un deber de cortesía, tengo que pedirlos perdón, amables lectoras; voy á hablar de vuestros sombreros, de esos sombreros multiformes, con asombrosa variedad de adornos, con que cubris vuestras lindas cabezas.

Mi atrevimiento es casi un delito de lesa galantería.

¡Voy á incurrir quizá en vuestra indigna-

ción, en vuestro enojo, y esto lo sentiría en el alma!

Sin embargo, os ruego que me escuchéis, y que después de haberme escuchado reflexionéis un poco en mis observaciones.

Dicho esto, entro en materia.

Era una niña hermosa como un angel y rubia como unas candelas. Su rostro encantador había sido favorecido por la naturaleza de tal modo, que su recuerdo cautivaba los corazones masculinos más rebeldes. Todos los hombres se enamoraban de Aurora (que así se llamaba la niña); todos codiciaban aquel portento de belleza. Pero ninguno podía jactarse de haber obtenido de ella el más pequeño favor, porque el pecho de Aurora aún no se había abierto á los sentimientos amorosos.

Por eso los amadores despechados le llamaban la niña insensible y algunos la niña boba.

Lo único que entusiasmaba á Aurora eran las modas; especialmente los sombreros.

Todos los encontraba bonitos, admirables, ya se pareciesen á la torre de los Lujanes, ya fuesen copia exacta de una fiamblera (con perdón sea dicho).

Mas como era tan hermosa, aun los más extravagantes le sentaban á las mil maravillas.

Una noche fué al teatro de la Zarzuela en compañía de su madre; cubría á medias la cabeza de ésta un sombrero á lo Felipe II, pero muy exagerado, con su correspondiente *quiriquí* del mejor gusto.

Pero lo exagerado, lo exageradísimo, era el monumental sombrero de Aurora. Mirado de frente tenía la forma de los cascos de aquellos guerreros que en Flandes dejaron tan bien puesto el pabellón español; de perfil se asemejaba mucho á una montera gallega, y por la espalda (me abstengo de decir á lo que se parecía por la espalda).

Sentáronse madre é hija en dos butacas de la fila 15, las suyas, y comenzó la representación, que si mal no recuerdo era *El relámpago*.

Detrás de ambas señoras colocó la casualidad, ó más bien la suerte, á D. Andrés Perales, hacendado riquísimo y solterón recalcitrante, que á sus cuarenta navidades y á ciertos dolores reumáticos unia ungenio de todos los diablos.

Con los elevadísimos sombreros que tenía delante de sí el bueno de D. Andrés, no era posible que viese lo que pasaba en el escenario. Tan pronto se inclinaba á la derecha como á la izquierda; estiraba el pescuezo, alzaba la cabeza, pero todo era en valde: no veía más que á intervalos, y eso mal.

Irritado, nervioso, llamó á un acomodador. Acudió éste, y le dijo con acento enfático:

—Los sombreros de estas dos señoras me impiden enterarme de lo que pasa en la escena. Y como he pagado mi butaca para estar á gusto, exijo que se me devuelva el dinero ó que se me dé otro asiento desde donde vea bien.

Estas palabras pronunciadas en voz baja, como debe suponerse, no lo fueron tanto que no llegasen á oídos de ambas damas.

Las dos volvieron la cabeza á un mismo

tiempo para mirar al mal humorado caballero, que tan pocas muestras daba de cortesía.

Encontráronse en aquel momento las bellísimas miradas de Aurora y las del soltero, y éste se estremeció: aquellas miradas le habían llegado al alma.

Como no insistiese ya en que le cambiase de asiento, el acomodador se volvió a su puesto encogiéndose de hombros.

Durante la representación de aquel acto, la hermosa niña permaneció inmóvil, sin inclinarse ni a la derecha ni a la izquierda, ni volver la cabeza.

El Sr. de Perales estaba arrepentido de lo que él llamaba su *grosería*, y deseaba volver a admirar aquel rostro encantador que había quedado grabado en su pecho.

La representación ya no tenía para él interés alguno, y lo mismo le importaba lo que estaba pasando en el escenario, que lo que pasaba en Pekín. ¡Se había enamorado!

El amor, en cierta edad, suele ser terrible. Cuando un hombre, en cuyo rostro han aparecido ya las primeras arrugas y en cuyo cabello se destacan las primeras canas, llega a enamorarse, su amor es por lo general tan duradero, que sólo se extingue con la muerte.

Francisco Arderius.

(Se continuará.)

¡MAÑANA!

¡Mañana...! ¡Siempre esperando el mañana...! El nuevo día, como si él pudiera darnos la realidad de la dicha...! Siempre buscando una sombra que se aleja fugitiva, como fantasma de niebla que a perseguir nos animan de la esperanza el anhelo, de la ilusión la mentira. Mañana, ¿qué nos ofrece que así el pensamiento fija...? ¿Qué guarda? ¡No lo sabemos...! un misterio nos incita, que *el no ser* es un abismo y todo abismo fascina. Mañana, es nada y es todo; fuego que será ceniza; luz que envolverá la sombra; memoria dulce y querida; ó bien fecha dolorosa en un corazón escrita. Es el brevísimo espacio que aún no devoró la vida, eslabón que ha de ajustarse á esa cadena infinita, que uniendo el todo á la nada la nada en el todo abisma. Materia que se moldea en el hecho que realiza, y en la forma del recuerdo queda en el tiempo esculpida. Llama que brilla un instante, oscuridad que ilumina un rayo de sol; promesa de algo nuevo que nos brinda el destino; la insondable realidad desconocida... ¡Mañana...! ¡Siempre mañana...! ¡Oh, loco afán de la vida, que si no fueras tan triste debieras inspirar risa...! ¡Por qué lo que no es invocas y de lo que es no te cuidas, con lo porvenir te encantas y del presente te hastías?... ¡Si de hoy te olvidas, qué esperas de ese mañana que miras como realidad probable de los sueños que acaricias?... ¿Cómo has de recoger frutos si no siembras las semillas de esas acciones que graban una memoria bendita?...

Mañana es nada y es todo; mecha que aún no fué encendida, soplo que aún no fué aspirado, vida que aún no fué sentida. Vive del hoy, del presente, del instante en que respiras, y si piensas en mañana, ¡oh humanidad!... no persigas con loco afán el fantasma que la ilusión ilumina como realidad probable de los sueños que acaricias, sino busca en ese espacio, en el que acaso se extinga del corazón que te alienta el latido en que se agita, la hora que debe ofrecerte, calma, descanso y justicia, que premie de tus acciones la intención secreta y digna; busca del bien la victoria, pide la aurora bendita que al dar su luz á la tierra no ilumine sus desdichas, y no los goces mezquinos que la vanidad inspira, que es olvidado de todos el que de todos se olvida. En este inmenso desierto haz que tus pasos impriman huella que jamás se borre, señal que jamás se extinga; y llenando con tus hechos las breves horas del día, utilizando el presente el porvenir no persigas, que es el mañana fantasma que flota ante nuestra vista, como niebla misteriosa, como colorido prisma que la realidad aleja y los sentidos fascina; y el hoy es verdad tangible, inmutable y positiva en que la vida se siente y en que la razón domina.

Patrocino de Biedma.

FÁBULAS EN PROSA

La religión de las flores.

¡Todo dormía en la floresta!... Pero apenas aparecieron los primeros fulgores de la aurora, las flores abrieron sus corolas para recibir el benéfico rocío; agitáronse las ramas, dulcemente mecidas por el ligero soplo de la brisa; despertáronse los pajarillos, y comenzaron sus melodiosos gorjeos.

—¡Bendito sea el Creador,—decían,—que nos dá tras la noche de plácido reposo el hermoso día!

—¡Por qué vosotras,—añadió un hermoso colorín, dirigiéndose á las flores del rosál, en cuyas ramas se hallaba,—¡por qué vosotras no alabais á Dios como nosotros? ¿Es que no teneis religión?

—También nosotras le alabamos,—contestó una rosa.—¡Por ventura juzgas que sólo se puede alabar á Dios de una sola manera? ¡Acaso la religión consiste no más que en cánticos ruidosos y formas ostensibles! Nosotras callamos, pero elevamos al Creador nuestros perfumes. ¿Crees que nuestra oración le será menos grata que la vuestra?

Mariano Marzal y Mestre.

NUESTROS GRABADOS

Vigo, su ribera y San Francisco. —Vigo es una de las poblaciones de España que adquiere de día en día, sin ningún género de duda, mayor importancia comercial. El número de sus habitantes va en aumento desde algún tiempo á la fecha, y quizás no pasen muchos años sin que por su población, su frecuentado puerto y su activo comercio, pueda competir,

acaso con ventaja, con algunas de nuestras más favorecidas ciudades del Mediterráneo. Hoy damos á nuestros lectores una vista de la citada población, cuyas arenosas playas bañan yorean las ondas y las brisas del Océano Atlántico. Véase en semicírculo su espaciosa ribera, a cuyos bordes, permítasenos decirlo así, se agrupa pintorescamente crecido número de edificios, que por efecto de una ilusión óptica parecen desde lejos salir de las mismas aguas. Casi en último término, un templo cristiano, San Francisco, levanta su erguido campanario.

Estátua de Cristóbal Colón en Bahía de todos los Santos. —La ciudad de Bahía, en el imperio del Brasil, llamada de San Salvador y también de todos los Santos, antigua capital de aquel país y en la cual residieron por más de doscientos años los gobernadores enviados por la Metrópoli, es una población que contiene no pocas bellezas de ornato público. En una de sus más vistosas y elegantes plazas está erigido al inmortal descubridor del Nuevo Mundo, el monumento que se vé en el grabado; éste es copia fiel en el conjunto y detalles de una fotografía que hace tiempo fué remitida á España. El monumento está cercado de una sencilla verja. Adornan la base del pedestal pelicanos, tritones y mascarones, que dan mucha belleza y armonía al conjunto. El pedestal, que es ochavado, sostiene la estatua. La actitud de ésta es noble y majestuosa; su mirada, poseída de extraña fijeza, parece atravesar el espacio y llegar á la *terra incógnita*, que en sus ensueños veía Colón distintamente. El monumento hace en verdad honor al insigne hombre que inmortaliza y al agradecido país que le erigió. Sensible es, que cuando ni en España ni en sus posesiones de América se pensaba en enaltecer por medio de mármoles y bronce la memoria del inteligente marino y cosmógrafo, se le hayan levantado estatuas en otros países. La gloria alcanzada por este hecho debió obtenerla nuestra nación antes que ninguna otra.

Vendedora de pescado en Portugal. —Si has visitado por acaso, lector amigo, alguna de las poblaciones marítimas ó ribereñas del vecino reino, habrás tenido ocasión más de una vez de darte de manos á boca, como suele decirse, con el tipo que caracteriza el grabado. Representante comunmente jóvenes de quince á veinte años, de color moreno, casi cetrino, de negra cabellera y de expresivos ojos; desnuda la pierna y el pie, ciñe su cintura y caderas una falda corta, sobre la cual abre sus pliegues un pequeño delantal; en vez de corpiño, usa una especie de chaquetilla; estrecha faja rodea su talle, y completan su atavío una toca que flota sobre sus cabellos, un sombrero de grandes alas, y la canasta que lleva sobre la cabeza, llena de la mercancía que á voz en cuello pregona.

SOLUCION A LA CHARADA DEL NUMERO ANTERIOR.

ASIENTO

SOLUCION

AL GEROGLIFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

Las cosas que no son realizables no se deben prometer jamás.

GEROGLIFICO.



(La solución en el número próximo.)

U. MONTEGRIFO, IMPRESOR, BAILÉN, 26.